

Y es verdad, pero verdad absoluta. El pueblo había ganado la batalla. El pueblo se había batido durante el día, sin jefes, sin plan, sin dirección. Nadie había acudido á su lado, nadie creía prudente dar su nombre al movimiento; cuando el pueblo acude á Lafayette, éste declara que no puede separarse de sus colegas.

¿Y qué hacen sus colegas durante todo el día? Irse de un lado á otro para celebrar sus sesiones, temiendo ser siempre sorprendidos, y sin jamás resolverse á nada heroico, á nada digno. A instancias de Berard, el único hombre que se presenta superior hasta á las circunstancias, acaban por convenir en la protesta, protesta que, redactada por Guizot, rendía homenaje á la lealtad de Carlos X y se ofrecían á él los diputados, cuando el pueblo había destrozado ya los escudos de los borbones y se batía al grito de «¡abajo los borbones!» Y aún esta protesta, mentira parece, tratándose de franceses, acuerdan que salga en su nombre, pero sin sus firmas. Es necesario que el gerente de *Le Temps* les diga que sin firmas no lo publica, para que consientan en dar sus nombres, pero á condición de poner los presentes y los ausentes, para poder probar, en caso de una derrota, por los ausentes, que tampoco estaban los presentes.

Algo, sin embargo, hicieron los diputados que les honró, y fué enviar á cinco de ellos al encuentro de Marmont para pedirle que suspendiera el fuego; y aún esto, cuando se sabe que el general Gerard y Perier habían, á expensas de sus compañeros, y aún antes de reunirse aquel día, enviado á Vitrules á Saint-Cloud para asegurar al rey su fidelidad y pedirle un cambio de gobierno, no parece tan heroico como podía creerse; y los temores de Perier, en aquel momento, no tenían nada de serio. Sin embargo, en honor de este hombre, hay que decir que de hora en hora iba calentándose, y que, de no reinar el temor y la prudencia, tan exageradas en la mayoría de sus colegas, incluso en los generales, pues lo mismo Gerard, que Sebastiani, que Loban, creían la causa de la Revolución perdida, hubiérase él puesto al lado de Berard y de Lamorde, que proponían que se presentasen todos juntos delante del pueblo, precedidos de la bandera tricolor.

Era en estos momentos cuando más se notaba la falta que hacía el general Foy, que había fallecido en 1825, dejando en la mayor consternación á sus amigos y en la miseria á su familia, á la que acudió generoso el pueblo con una suscripción pública y Luis Felipe con su dinero. De vivir Foy, el pueblo hubiera tenido desde el primer momento un jefe, y

la gran semana hubiera terminado probablemente el miércoles, pues Foy hubiera adivinado que Marmont, atacando con la guardia y los suizos, demostraba no tener seguridad en la línea, y hubiera osado, para llevar á ella la indisciplina, como osó aquel valiente que dió su nombre al puente de Arcole de París al querer pasarlo con la bandera tricolor en las manos. Marmont, como Sebastiani y como Loban, creía acabada la revolución el miércoles, pero creía que el vencido era él.

Durante el día había enviado sus ayudantes al rey, y el rey ni representaba á París, ni se movía, ni le daba más instrucciones que las de asegurar para el jueves el camino de Saint-Cloud á los ministros, para el Consejo que aquel día iban á celebrar con el monarca, y la de mantenerse en el centro de París hasta el viernes, que recibiría nuevas órdenes sobre lo que debía hacer. Es decir, se le condenaba á la inacción durante todo el día del jueves, como si sus enemigos hubiesen también de esperar al viernes para decidir la contienda.

Marmont no se hacía ilusiones; veíase vencido y perdido en la opinión, y así era. Si hubiera vencido al pueblo, el pueblo le hubiera execrado; pero su rey le hubiera honrado. Ahora, ni venciendo, ni dejándose vencer, ni llevando la bandera del rey á la victoria, ni la del pueblo á las Tullerías, Marmont se perdía para todos, para el rey y para el pueblo.

Berard y los jóvenes de *El Nacional* fueron los que en ese miércoles de la gran semana salvaron la revolución. Laffitte se había presentado ya y preparado el terreno para el duque de Orleans, pero con una prudencia excesiva. Sin embargo, Laffitte era de los que aconsejaba que se marchase adelante. Pero Berard era de los que trabajaban; él fué quien hizo imprimir en la imprenta de *El Nacional* los carteles en que se anunció al pueblo parisién que el rey Carlos X había huído, y que había constituido un gobierno, del que formaban parte Lafayette, el general Gerard y el duque de Choiseul; mentira que dió durante todo el día alientos á la revolución.

Al caer la noche, cuando Berard se vió hasta abandonado de los de *El Nacional*, de Thiers, Mignet y Carrel, que fueron á esconderse en el barrio de Saint-Denis, por un aviso confidencial que les puso Royer-Collard de que no se dejasen prender, hubo de pensar en él, hizo sus preparativos para escapar, pero resuelto á no abandonar su puesto sino llegado que fuera el último momento; Laborde, Gisquest y el coronel Bro, pudieron contar con él para reorganizar la segunda legión de la Guardia nacional.

A estos hombres se unieron, sumando sus esfuer-

zos, los hombres de acción del partido republicano. Bacti de Godofredo Cavaignac, el coronel Joubert, de modo que los observadores, al amanecer el jueves 28 de Julio, ya pudieron notar que la revolución presentaba un aspecto más serio, y una cierta dirección inteligente y militar. Las barricadas se habían multiplicado de tal manera durante la noche, que hubieran hecho imposible á Marmont, al día siguiente, el uso de la artillería y caballería, y estas barricadas no eran barreras obstruyendo las calles, sino trincheras de ataque. La gente se había concentrado en grandes masas al rededor de los puntos ocupados por las tropas, á las cuales saludaron desde el amanecer á tiros, mientras Marmont se disponía á aconsejar al pueblo que se estuviera quieto y esperara en el rey.

Esta actitud de Marmont impuesta por las órdenes recibidas, por las circunstancias, por la desmoralización del gobierno, por las instancias de los que como el gran refrendario le pedían que pusiera presos á los ministros, inutilizaba la energía de sus soldados, que principiaba á decaer en todas partes.

Cuando la defección arrastró á dos regimientos de línea, que se pusieron á las órdenes de Laffitte, los republicanos se apoderaban ya del Cuerpo legislativo y el pueblo atacaba rudamente el Louvre, que evacuaba el coronel Santis con sus suizos por haber interpretado mal una orden verbal de Marmont.

Desde este momento el mariscal ya no pudo pensar más que en el modo de evacuar la Ciudadela de París y retirarse á la barrera de la Estrella; lo que consiguió, no sin gran trabajo, perseguido á tiros durante todo el día, con que terminaron las gloriosas jornadas de Julio, que dieron el ejemplo de un pueblo haciendo una revolución sin plan, ni jefes que la dirigieran.

¿Qué importancia tiene que en medio de la lucha se cometieran un corto número de actos reprobables y condenables? ¿Que se destruyeran obras de arte, que se despojara al museo de Artillería de sus armaduras, que la gente se puso muy formalmente para salir al encuentro de las balas de los suizos y de los guardias reales, que en el saqueo del Louvre y de las Tullerías hubiera pequeños robos, si allí el coronel Joubert con los suyos restableció en seguida el orden, salvó el millón que Polignac había enviado para pagar á las tropas, una caja llena de monedas de oro de la duquesa de Berry, y si en otras partes se castigó severamente á los ladrones?

Cierto que se cometieron también grandes excesos en el palacio episcopal. ¿Pero acaso pocos días

antes el arzobispo no había pedido á Carlos X que tratase á los parisienses como había tratado el ejército francés á los piratas argelinos? Estas imprudencias se pagan, y el arzobispo las pagó con poco, pues solo los muebles de su casa fueron las víctimas. Que con este motivo hubo sacrilegios é impiedades, esto no tiene importancia alguna en funciones de guerra. Lo que es cierto es que no hubo venganzas, que no hubo crímenes particulares, que no se derramó más sangre que la que se vertió en franca lucha, y se vertió en abundancia, pues las estadísticas arrojaron novecientos cincuenta y un muertos y cinco mil sesenta y ocho heridos. A este precio, Francia se libró para siempre de los borbones. Otras dinastías han salido más caras.

¿Qué hicieron los diputados durante este memorable día?

Debíanse reunir á las seis de la mañana y no lo hicieron hasta las nueve, con la misma disposición de ánimo. A Lafayette se le brindó aquel día el mando de la Guardia nacional y lo rehusó de nuevo diciendo que no podía separarse de sus colegas, pero tan pronto se enteró Lafayette de lo que había pasado en el Louvre y de la retirada de Marmont, corrió á la reunión Laffitte á tiempo de impedir que el general Pajol se encargara del mando de la Guardia nacional, mando que aceptaba á condición de que le refrendaran el nombramiento los diputados de París, lo que hizo desde luego Laborde.

Ya en esto había ocurrido el incidente que hemos relatado de haberse pasado los dos regimientos de línea, y lo que no era más significativo, en las Casas Consistoriales un general improvisado y el gerente de *Le Temps*, Bande, habían instituido un gobierno provisional que naturalmente se apresuró á retirarse tan pronto se presentó Lafayette, quien al salir á la calle reprendió á Esteban Arago, porque llevaba la escarapela tricolor, que se puso él mismo ya al llegar al mercado de los Inocentes, en donde cayó sobre él una verdadera lluvia de escarapelas tricolores.

Con Lafayette marchaba la Comisión municipal, que los diputados habían nombrado en casa de Laffitte, compuesta de éste, Perier, Loban, Schouen, Andry de Puyraveau, Manguin y Odilon Barrot, como secretarios, pues Lafayette, obrando ya como jefe, habíase opuesto, en lo que le secundó Guizot, que se nombrase gobierno provisional alguno.

Mientras estos acontecimientos tenían lugar en París, á Saint-Cloud llegaban de un lado Mortemart, que venía de viaje aterrado por lo que había sabido, para avisar al rey del peligro que corría, y del

otro llegaban Polignac, los ministros y su acusador de Semorville y su compañero de Argout.

Allí delante del rey, á quien encontraron sereno é inflexible, se deshicieron en insultos y recriminaciones; pero Carlos X no quería privarse de sus ministros ni retirar sus ordenanzas: fué necesario que llegase la noticia de la retirada de Marmont, para que el rey y los ministros y la corte comprendieran la gravedad de la situación. Carlos, lleno de despecho, destituyó á Marmont entregando el mando de las tropas á su hijo el Delfin, el duque de Angulema, que no iba á coger ahora al frente de las tropas los laureles que había cogido en su campaña de Es-



Embarque de Carlos X

Era, pues, ahora natural, que Mortemart sin pérdida de tiempo se presentara en París y rehiciese la opinión en favor del rey, pero éste que aún se reservaba, no quiso que Mortemart fuera á la capital, para donde salieron con la noticia, pero sin poderes de ninguna clase, Semorville, Argout y Vitrolles.

A las ocho de la noche llegaban al Hotel de Ville, sin que la noticia que traían y habían anunciado á su paso á todo el mundo hubiese causado la menor emoción. Ya delante los diputados y Consejo municipal reunidos en el Hotel de Ville, las cosas se hicieron más graves; Schouen quería mandar á paseo á los comisionados del rey, pero Perier tomó la palabra y previno el conflicto diciendo á los enviados, que los allí reunidos no podían hacer nada por sí solos, que eran los diputados reunidos en casa de Laffitte, los que habían de resolver lo más conveniente.

De Semorville que había recordado que cuarenta años atrás se había encontrado con Lafayette en las mismas Casas Consistoriales, en circunstancias

paña. Esto hecho, Carlos declaró que no quería tomar resolución alguna hasta tanto que su hijo le enterase del verdadero estado de las cosas en París.

El Delfin fué, vió, y volvió con la convicción de que era necesario un cambio de gobierno y la abrogación de las ordenanzas. Mortemart quedó nombrado ministro, y como allí estaba Vitrolles representando á Gerard y Perier, al primero se indicó desde luego como colega de Mortemart. Este se negaba á aceptar un encargo que no sabía cómo llevar á buen término, y sólo se resignó al apelar Carlos X á su amistad particular y al reprocharle si también quería él que perdiera su corona.

muy parecidas, rendido de fatiga se fué á su domicilio, al Luxemburgo, á descansar, mientras Vitrolles, que vivía en frente de la casa de Laffitte se dirigió á ver á los diputados, quienes al llegar él habían levantado la sesión para ponerse de acuerdo con Thiers y Mignet sobre lo que convenía hacer.

Vitrolles puso en grave apuro á los allí reunidos, que no sabían qué contestarle. Los más prudentes escaparon para que no hubiese número para tomar resoluciones; pero la resolución la impusieron los barricaderos, quienes, al saber lo que se trataba, penetraron en el salón declarando que el pueblo no quería más borbones. Esto era también lo que sostenían allí con su palabra Thiers, Miguel y Beranger, «Ya lo oís,» dijole Laffitte á Vitrolles, que se retiró para regresar en compañía de Argout á Saint-Cloud, para decir al rey lo que había visto y oído, y á cuyo palacio llegaron á la una y media de la madrugada, quedando atónito al ver que todavía continuaba allí el duque de Mortemart. Carlos X se

había acostado, como si la revolución no estuviera á las puertas de Saint-Cloud.

Trabajo, y no poco, costó que los ayudas de cámara del rey consintieran en despertarle; y con no poco mal humor, por haberse interrumpido su sueño, consintió el rey en recibir á Vitrolles, ordenando que su compañero se quedara á la puerta. Vitrolles tuvo que hacer esfuerzos heróicos para hacer comprender al rey la gravedad de la situación, consiguiendo al fin, después de no poco trabajo, que Car-

los X revocara sus funestas ordenanzas y convocara las cámaras para el 3 de Agosto.

Ahora lo que convenía era que Mortemart pudiera partir para París; pero como el duque de Angulema había prohibido que se sacara coche alguno de las caballerizas reales, cuando para los borbones cada minuto era un siglo, Mortemart, no pudo salir de Saint-Cloud hasta las ocho de la mañana. Y no fué esto solo, sino que, á consecuencia de órdenes del mismo Delfin, al llegar á la entrada del bosque



LUIS FELIPE I

de Bologne, tuvieron que echar pié á tierra él y sus compañeros, porque no podía pasar carruaje alguno.

Antes de llegar á casa de Laffitte, á donde se dirigían los delegados del rey, encontráronse estos con el ciego y anciano general Mateo Dumas, su hijo y el abuelo de Berard, que les aconsejaron que no se presentasen en casa de Laffitte, en donde podían correr peligro y no poco, por estar guardada la casa por los insurgentes; participándoles además que los diputados habían celebrado ya una sesión por la mañana, habiéndose acordado celebrar otra nueva al medio día en el palacio Borbón, á donde debían dirigirse; pero no sin añadirles el anciano Berard que era ya tarde, que los borbones habían acabado su reinado, y que potencia alguna sería capaz de restaurarlos.

Mortemart no podía comprender cómo podía ya ser tarde para los borbones, cuando él traía la más completa satisfacción que podía darse al pueblo; y su consternación fué todavía mayor cuando le dijo que la cuestión no estaba en saber quién sería rey, si Carlos X ó Luis Felipe, sino si habría república ó monarquía.

La actitud del duque de Orleans durante estos días de fiebre y de compromiso, había sido la siguiente.

Semonville, que á fuerza de olfatear había oído el golpe de Estado en la noche misma del 25 de Julio, fué á decírselo á su residencia de Neuilly, en donde habitaba el duque á la sazón. Mole, que vió al duque el día 26, encontró á éste convencido de que el rey saldría triunfante. Eran, pues, sus amigos y admiradores los que, sin contar con él, echaban ade-